

Hoy escribe JAIME GUZMAN

La elevada exhortación de monseñor Fresno

LA homilía pronunciada por monseñor Fresno en el reciente Tedéum del Día Nacional me produjo un muy hondo impacto.

Al releerla atentamente al día siguiente, me preguntaba si tan elevado, dramático y urgente llamado moral a los chilenos logrará una efectiva acogida en nuestras conductas cívicas, abriendo una luz en el espeso horizonte patrio, o bien si esas palabras sólo encontrarán elogios verbales y emotivos, sin voluntad eficaz para seguir las.

El Arzobispo de Santiago ha pedido "un gesto común de humildad nacional", donde reconozcamos que "todos, sin excepción... hemos pecado" y que "ninguno de nosotros está enteramente libre de culpa", añadiendo que "pretender que sean siempre los otros quienes carguen con la responsabilidad y culpa de nuestros males es faltar a la verdad". A ese gesto lo ha calificado de "primer paso hacia el consenso nacional".

Obviamente, el escollo básico que todos debemos superar en tal propósito son los propios orgullos, rencores o ambiciones. Y hacerlo simultáneamente, porque las treguas políticas —lo mismo que las bélicas— no pueden fructificar en la unilateralidad. Pero es aquí donde surge el segundo obstáculo.

En efecto, monseñor Fresno ha agregado con razón que "humildad nacional significa hablar de Chile como de una herencia y un destino que nos pertenecen a todos".

CREO que, por encima de las pasiones, no sería difícil convenir que los valores básicos que conforman esa herencia y que reclaman ese destino —más allá de nuestras discrepancias en torno a cómo plasmarlos en cada momento histórico— son compartidos por una abrumadora mayoría de los chilenos. Por las Fuerzas Armadas y sus jefes que nos gobiernan. Por la civilidad democrática, sea partidaria, independiente u opositora frente al actual gobierno.

Sin embargo, hay por desgracia un sector que sustenta valores esencialmente contrapuestos a nuestra herencia histórica y aspiraciones para



nuestro destino radicalmente contrarias a ellos.

¿Qué sentido tiene la dignidad humana para quienes niegan toda trascendencia espiritual al hombre? ¿Qué sentido tiene la libertad personal para quienes postulan un Estado totalitario que la absorbe por completo? ¿Qué sentido tiene la democracia política occidental para quienes la juzgan un mero trampolín desde el cual "superarla" hacia la dictadura del proletariado? ¿Qué sentido tiene la unidad nacional para quienes conciben nuestra sociedad como el esce-

nario de un enfrentamiento irreducible entre clases antagónicas, que es menester acentuar? ¿Qué sentido tiene, en fin, la soberanía de Chile para quienes la entienden satelizada a la Unión Soviética, conforme a la "doctrina Brezhnev" que oficialmente defienden?

CUANDO el dirigente comunista Jaime Insunza sostenía en una entrevista reciente de prensa que "hay más libertad en la Unión Soviética que en Estados Unidos y más en Cuba que en Venezuela", resulta demasiado elocuente su contradicción total e insalvable con los valores esenciales de la chilenidad.

Cierto es que el activismo marxista-leninista constituye una reducida minoría en nuestro país. Pero lo grave está en que en vez de que el resto de la ciudadanía se mancomune al menos para aislarla y combatirla cívicamente, subsisten sectores democráticos llenos de remilgos o vacilaciones al respecto y —lo que es peor— sectores eclesiásticos que actúan en complicidad doctrinaria o práctica con el comunismo y sus aliados.

Supuesto que haya la respuesta moral de humildad que monseñor Fresno ha solicitado, pienso que el principal escollo para que ella fructifique en el anhelado consenso mínimo, estriba en los puentes que sectores democráticos y eclesiásticos tienden al comunismo en Chile. Aun así, el llamado arzobispal debe mover nuestras mejores voluntades.

"El principal escollo para que ella fructifique estriba en los puentes que sectores democráticos y eclesiásticos tienden al comunismo en Chile"...

La Seg. 21-IX-84